

---

**Guerras climáticas. Por qué mataremos  
(y nos matarán) en el siglo XXI** de Harald Welzer 203  
*Jorge Riechmann*

---

**El retorno de los campesinos. Una oportunidad  
para nuestra supervivencia** de Silvia Pérez-Vitoria 205  
*Pedro Lomas*

---

**Por una economía ecológica y solidaria  
(conversación con Daniel Jover)** de Antonio Estevan y  
José Manuel Naredo 208  
*Daniel Filippa*

---



## GUERRAS CLIMÁTICAS. POR QUÉ MATAREMOS (Y NOS MATARÁN) EN EL SIGLO XXI

Harald Welzer

Katz, Madrid/ Buenos Aires, 2011

342 págs.

El pasado 8 de febrero de 2011, en el diario *Público* podía leerse un reportaje estremecedor acerca de cómo el deshielo del permafrost siberiano estaba liberando numerosos restos de mamuts –animales extintos desde hace diez milenios–. En aquel remoto *Far West* (*Far East* más bien), aventureros, exploradores y logreros desentierran los cuerpos preservados hasta hoy a bastantes grados bajo cero para aprovechar –sobre todo– el marfil de los colmillos, cotizado a más de mil euros el kilo (y demandado sobre todo en China). Habrá quien objete el adjetivo «estremecedor»: ¿ya estamos haciendo alarmismo catastrofista, o catastrofismo alarmista, a costa del cambio climático? A fin de cuentas, ¿no les vendrá bien a los siberianos un clima algo más suave que el que padecen? Tales consideraciones evidencian la clase de miopía que contribuye a empujarnos al abismo hacia el que nos precipitamos: pues el permafrost congelado contiene ingentes cantidades de metano (que proviene de los depósitos submarinos formados antes de la última glaciación)... y el metano es un gas de «efecto invernadero» 25 veces más potente que el dióxido de carbono, por lo que su liberación provocaría un intenso efecto de retroalimentación, acelerando el calentamiento hasta niveles espeluznantes. El comercio de marfil de mamut constituye un signo ominoso a comienzos del siglo XXI.

El sociólogo y psicólogo social Harald Welzer (Bissendorf, Alemania, 1958), director del Center for Interdisciplinary Memory Research en Essen y profesor investigador en psicología social de la Universidad de Witten-Herdecke, ha escrito el libro sobre violencia y conflictos ecológico-sociales que ahora la editorial Katz presen-

ta en su traducción española. A Welzer le asombra –con razón– la relativa indiferencia con que las ciencias sociales han tratado hasta ahora el enorme asunto de los desequilibrios climáticos antropogénicos, y con esta obra ha realizado una valiosa contribución a paliar tal desidia. Quizá no resulte extraño que bastantes investigadores alemanes o polacos sean muy sensibles al potencial de catástrofe que entraña la Modernidad industrial: al fin y al cabo, en Centroeuropa resulta menos fácil apartar la mirada del lugar central que el ascenso del nazismo o la *Shoa* deberían ocupar para la teoría social –y para la autocomprensión humana a secas–. Welzer ha escrito obras notables sobre la memoria histórica, los modos de transmisión de experiencias traumáticas, la perspectiva psicológica sobre el Holocausto y los usos de la violencia social. *Guerras climáticas* es un libro que, en la estantería, habría que dejar cerca de otras dos obras a mi juicio muy importantes: *Auschwitz: ¿comienza el siglo XXI?* de Carl Amery y *Modernidad y Holocausto* de Zygmunt Bauman.

Tres elementos centrales del penetrante análisis desplegado en *Guerras climáticas* son: en primer lugar, del calentamiento climático en curso cabe esperar en muchas zonas del planeta la pérdida de recursos básicos para la vida humana: la competencia recrudescida en situaciones de escasez creciente llevará a un incremento de la violencia (en formas viejas y nuevas). En segundo lugar, la violencia organizada –y la violencia extrema– es una posibilidad abierta siempre para los seres humanos. Y –en tercer lugar– esa violencia extremada hasta el genocidio no constituye una desviación o anomalía respecto del curso de progreso de la Modernidad, sino que por el contrario supone una dimensión central de la misma. Bauman mostró esto con respecto al Holocausto; Amery primero, y ahora Welzer, ambos con la experiencia del nazismo intensamente presente, llegan a conclusiones similares analizando la crisis ecológico-social y su probable evolución futura. Ahora que decenas de miles de seres humanos

ya han padecido el abrupto desplome del orden social a consecuencia de fenómenos meteorológicos extremos (como en Nueva Orleans con el huracán Katrina, catástrofe que se analiza en pp. 47 y ss.) y al menos una «guerra climática» (la de Darfur en Sudán, estudiada en pp. 107 y ss.), cobra suma importancia ser conscientes de que «la violencia en tanto opción social, en tanto posibilidad siempre disponible, representa un elemento nuclear, latente o manifiesto de las relaciones sociales, aunque los miembros de las sociedades que poseen el monopolio estable de la violencia [por parte del Estado] suelen preferir pasar esto por alto. Pero en esas sociedades simplemente se ha alojado en otra escala de relaciones sociales, se ha vuelto *indirecta* [...], pero esto no significa que haya desaparecido» (p. 158).

Con el calentamiento climático, en muchas zonas del planeta –con impactos especialmente brutales en África– se desplazarán las zonas habitables y las regiones de cultivo, se perderán recursos básicos como bosques o pesca, avanzarán los desiertos, escaseará el agua, se inundarán las costas, menudearán fenómenos meteorológicos extremos como inundaciones fluviales o tornados... Resulta dudoso que muchos órdenes sociopolíticos fragilizados, y atravesados por diversos conflictos, puedan resistir la magnitud de las embestidas. Los «refugiados climáticos», que ya hoy son decenas de millones, pueden convertirse a no muy largo plazo en centenares de millones. Todo esto afecta a los equilibrios de poder, a la geopolítica y al acceso a los recursos básicos, de manera que «no hay absolutamente ningún argumento que pueda refutar la idea de que en el siglo XXI el cambio climático generará un potencial de tensión mayor con un peligro considerable de llegar a situaciones violentas» (p. 179). Genocidios causalmente agravados por la superpoblación y la escasez de recursos como en Ruanda (estudiado en pp. 99 y ss., y en otros lugares de la obra), o guerras climáticas como la de Darfur, prefigurarán lo que puede ocurrir en el siglo XXI. Nos dirigimos a toda máquina hacia lo que puede

cobrar la forma de un verdadero colapso civilizatorio –y la máquina, de momento, no da señales de parar, ni siquiera de dejar de acelerar su marcha.

Cuando las culturas humanas topan con problemas de límites, en muchos casos emprenden estrategias de «huida hacia delante». Ya se trate de la Isla de Pascua o de nuestras petrodependientes sociedades actuales, se reacciona intensificando las prácticas que tuvieron éxito en el pasado (pero ahora se han vuelto contraproducentes), en vez de poner en entredicho los supuestos –culturales, económicos, políticos...– que nos están llevando al desastre. Welzer remite expresamente a otra investigación importante, *Colapso* de Jared Diamond.

¿Qué se puede hacer? La extralimitación-seguida-de-colapso no es un destino fatal para los grupos humanos. Por lo pronto ¿y si comenzáramos por prestar menos atención a las intimidades de la zarigüeya bizca del zoo de Leipzig («La penetrante mirada de la zarigüeya bizca seduce a Hollywood», *La Razón*, 31 de enero de 2011), o a las de Shakira en sus andanzas por Barcelona, y más a los asuntos serios –mortalmente serios– a los que hemos de hacer frente? ¿La “sociedad del conocimiento” es un patio de vecinos –o quizá sólo de escuela– amplificado a escala global? ¿La World Wide Web es básicamente un espacio de cotilleo? ¿Preferimos flotar amnióticamente en la “telerrealidad” y la realidad virtual antes que coordinarnos para actuar juntos en la plaza pública? ¿Nos dedicamos al fútbol y a los chascarrillos eróticos en los bares, mientras se dismantela el sistema de protección social, los ricos siguen avanzando en su guerra de clases contra los pobres y la crisis climática se agrava hasta lo irrecuperable?

El nivel de anestesia de las sociedades occidentales, y de la española en particular, roza lo alucinante. Interrogados por los encuestadores, más del 52% de nuestras conciudadanas y conciudadanos declararon su apoyo a las revoluciones democráticas de Túnez y Egipto y reclamaron que España las respalde... pero en

las concentraciones cívicas convocadas para pedir eso mismo en la Puerta del Sol de Madrid, capital del Reino –por ejemplo el 2 y el 9 de febrero de 2011–, apenas se reunieron 150 personas. La acción contra el cambio climático convocada en Madrid el 27 de noviembre de 2010 –¡en la antesala de la Cumbre de Cancún!– apenas reunió a dos docenas de activistas. Una pintada en las calles de Cáceres, en este invierno de 2010-2011, alerta a los viandantes con grandes letras rojas: «¿No veis lo que está pasando? ¡Despertad!»

La historia de los siglos XIX y XX fue la historia de cómo el capitalismo industrial construyó un mundo. La del siglo XXI, salvo que seamos capaces de imprimir en el decenio que está comenzando un fuerte giro de racionalidad colectiva a la actual carrera fuera de control, será la historia de cómo el capitalismo destruye *el mundo* –natural y social–. Y, pese a las fantasías de exoplanetas habitables alimentadas por los *mass-media*, no hay ningún otro mundo de recambio. El capítulo final del libro de Welzer se abre con una advertencia del gran dramaturgo germano-oriental Heiner Müller –«el optimismo no es más que falta de información»– y concluye con las benjaminianas palabras siguientes: «El proceso de globalización puede describirse [...] como un proceso de entropía social que se acelera, desintegra las culturas y al fin, cuando termina mal, sólo deja tras de sí la indiferenciación de la voluntad de supervivencia. Aunque eso sería la apoteosis de esa misma violencia de cuya abolición la Ilustración (y con ella la cultura occidental) creyó hallar la clave. Pero desde el trabajo esclavo moderno y la explotación inmisericorde de las colonias hasta la destrucción perpetrada en la industrialización temprana del sustento vital de personas que no tenían absolutamente nada que ver con ese programa, la historia del Occidente libre, democrático e ilustrado escribe precisamente su contrahistoria de falta de libertad, opresión y contrailustración. La Ilustración (y esto lo demuestra el futuro de las consecuencias climáticas) no podrá liberarse de esa dialéctica» (p. 316).

¿Seremos capaces de contrariar este amargo pronóstico?

*Jorge Riechmann*

Dpto. de Filosofía de la UAM

## EL RETORNO DE LOS CAMPESINOS UNA OPORTUNIDAD PARA NUESTRA SUPERVIVENCIA

*Silvia Pérez-Vitoria*

Icaria, 2010

207 págs.

No cabe duda de la relevancia socioeconómica que el sector agrícola ha tenido hasta no hace tanto tiempo en nuestro país. No en vano, al inicio de la segunda república, allá por 1931, la superficie cultivada en España llegaba a suponer casi la mitad del territorio del Estado, y algo más del 40% de la población activa. El sector agrícola continuó siendo mayoritario dentro del panorama económico español hasta finales de los años cincuenta, comenzando entonces su ocaso. Hoy día, en la Europa de la Política Agrícola Común (PAC), abarca tan sólo un 5% de la población activa española, si bien la superficie ocupada por tierras cultivadas todavía supone algo más de 17 millones de hectáreas (más de un tercio de la superficie total del país). Pero parece evidente que este sector económico está en claro retroceso tanto en España como en el contexto europeo occidental, donde la PAC lucha contra los “excedentes agrícolas” y pretende transformar a los campesinos de productores a “gestores del paisaje”. Así que podemos preguntarnos ¿para qué preocuparnos de un sector económico que muchos consideran símbolo de retraso y que pesa poco dentro del Producto Interior Bruto? ¿Por qué debería importarnos la desaparición del campesinado y de la agricultura? ¿Qué efectos podría tener

esta desaparición si podemos comprar productos agrícolas más baratos en otros países?

La economista, socióloga y documentalista de origen francés Silvia Pérez-Vitoria trata de responder en este libro<sup>1</sup> a esta y otras preguntas relacionadas con el papel de los campesinos y la cultura campesina en el siglo XXI. La tesis principal de la autora es que el campesinado y el mundo rural suponen una alternativa al fracaso de la Modernidad y las soluciones tecnológicas, en una sociedad sometida a una fuerte crisis ecológica y socioeconómica. Frente al abandono de las áreas rurales, la autora propone una *reruralización* de nuestra sociedad. En defensa de esta tesis, la autora analiza algunos de los principales cambios sufridos en el mundo rural y el campesinado en el tránsito desde una sociedad preindustrial hacia una sociedad industrial y sus consecuencias a distintos niveles.

En primer lugar, aborda el paso de una concepción de la tierra sagrada –cuando los derechos de propiedad sobre ella se consideraban de los dioses, los ancestros o la comunidad, en un régimen de carácter comunal–, a una concepción de la tierra como factor productivo y mercancía (la propiedad sagrada), en un régimen de propiedad estatal o privada, en el que se ha perdido su diversidad de funciones (lugar donde instalarse, modo de vida, etc.) y queda reducida a su función económica. Incluso se ha llegado a prescindir de la tierra como factor productivo, mediante cultivos donde ejerce sólo una función de soporte físico y queda a merced de la competencia urbana e industrial. También analiza la transformación de la figura del campesino, protagonista de la vida rural, y de un modelo agrícola familiar, con una fuerte componente de socialización del trabajo y de autosuficiencia, hacia la del productor individual agrícola muy mecanizado que busca el beneficio monetario en competencia con los otros productores en un proceso de creciente dependencia económica que conlleva la destrucción de la sociedad campesina y

el sometimiento de su trabajo y su producción a las lógicas de la sociedad industrial. Por otra parte, analiza las consecuencias de este fenómeno en la población rural, describiendo los problemas de desarraigo y emigración que ha generado, así como los artefactos sociales que se han producido en un proceso de urbanización del campo (culturalmente y a través de la colonización por parte de los habitantes de la ciudad de los pueblos y zonas rurales mediante la segunda residencia), y de ruralización de la ciudad (a través de la moda ecológica con los huertos urbanos en el Norte, y de los cultivos de las periferias de las ciudades del Sur), que ha reducido muchas veces lo rural y lo campesino a motivo folclórico.

La autora subraya la vigencia de los valores, las prácticas y la cultura campesina en casi la mitad de la población del planeta, especialmente en el Sur. Este análisis quizá presente algunos rasgos maniqueos, como la división del campesinado entre los campesinos propiamente dichos y los productores agrícolas, en una cierta idealización de la figura del campesino del Sur frente al del Norte, cuando podría considerarse que conforman una misma clase social diversa que se ha enfrentado a un contexto social distinto, y por tanto ha tenido una evolución distinta. Esta subestimación del denominado productor agrícola del Norte lleva a la autora a olvidar que fuera del trópico, es el clima mediterráneo el que presenta mayor recurrencia de puntos calientes de biodiversidad del planeta, y constituye una de las áreas de domesticación de animales y plantas más antiguas, así como una de las zonas donde se han originado gran parte de las lenguas que hoy día se hablan en el mundo, dejando así de lado la necesidad urgente de rescatar también el mundo rural en ciertos lugares de Europa (especialmente el sur y el este de Europa), norte de África y Oriente Próximo.

Por otra parte, describe el proceso de desposesión de técnicas y conocimientos que han

<sup>1</sup> Traducción de la editorial Icaria de la obra original *Les paysans sont de retour*, 2005, Actes Sud.



sufrido los campesinos para desmentir el tópico de su ignorancia y pasividad. Resulta de especial interés la perspectiva que compara y hace complementarios los conocimientos tradicionales de carácter empírico de los campesinos, ligados a procesos de ensayo-error, con los conocimientos científicos, hecho que el mundo empresarial moderno ha captado, como la propia autora señala cuando subraya el proceso de expropiación del conocimiento y las técnicas al que están sometiendo dichas empresas a los campesinos de muchas partes del planeta (la denominada biopiratería). Estos conocimientos tienen un carácter más horizontal, frente al conocimiento industrial, que sólo poseen los que disponen de la tecnología adecuada y es ajeno a la práctica campesina, basada en el aprendizaje adaptativo con los ecosistemas, y por tanto, mejor acoplada a los ciclos naturales.

El libro aborda, asimismo, el paso de una producción local dedicada al autoabastecimiento a una producción globalizada, contraponiendo así los conceptos de alimento (satisfacción de necesidades básicas) frente a producto alimentario (mercancía), que llega incluso a convertirse en mercancía no alimentaria (agrocombustibles, tabaco, etc.). El argumento general que guía esta parte del libro es que la reorientación de muchos cultivos hacia la exportación ha provocado una desestructuración social en el mundo rural, así como una ruptura de la cadena productor-consumidor, introduciendo multitud de intermediarios dedicados a los procesos de almacenamiento, conservación, distribución, etc., a costa también de la calidad de los productos. A través de multitud de ejemplos, la autora ilustra cómo la integración de los productos agrícolas en los mercados internacionales ha tenido efectos devastadores en el control que los campesinos tienen sobre lo que producen, a cuánto y dónde lo venden. Además les ha hecho cada vez más dependientes de ayudas y subsidios. Frente al tópico de que hay que eliminar las ayudas a la agricultura, que tantas veces se escuchan en los foros políticos internacionales, la autora señala que supondría la completa des-

aparición del sector agrícola en Europa, que seguramente es algo no deseable.

Continúa describiendo los límites del denominado comercio justo, que a juicio de la autora, no deja de ser un disfraz más de las viejas estrategias de desarrollo en las que los países ricos imponen sus condiciones, los campesinos siguen orientados al mercado y no a la satisfacción de sus necesidades y el objetivo es siempre el de producir para la exportación. Frente a este modelo, la autora propone, como la mayoría de las organizaciones y colectivos campesinos, el concepto de soberanía alimentaria frente al de seguridad alimentaria o acceso garantizado a los alimentos, habitualmente esgrimido desde las organizaciones internacionales. Se trataría así del desarrollo de la propia capacidad de producción de alimentos básicos a partir de las condiciones naturales, sociales y culturales propias, promulgando un retorno hacia la autosuficiencia, la producción local y el comercio sólo para aquellos productos de los que el país no se pueda abastecer.

El tópico del campesino pasivo o reaccionario queda desmentido a través de la exposición de las luchas de resistencia o directas campesinas (Vía Campesina, EZLN, Movimiento de los Sin Tierra) bajo, al decir de la autora, un cierto anarquismo agrario, que define como tercera vía entre el liberalismo capitalista y los modelos de economía planificada, y que ofrece una superioridad económica y moral del modelo precapitalista de producción.

Finalmente, el libro retoma las preguntas iniciales, y plantea que, por un lado, las soluciones ofrecidas a la problemática alimentaria y del mundo rural en el Norte son falsas (producción integrada, agricultura biológica, transgénicos, *slow food*, etc.), y, por el otro, al Sur no se le está ofreciendo nada nuevo (desarrollo económico y tecnología, las ONG, etc.). Mientras, nadie escucha las soluciones que los propios campesinos están ya poniendo en marcha (redes de semillas, agroecología, recuperación del conocimiento tradicional, mercados locales, reapropiación de la tierra, etc.). La autora

apuesta por la necesidad de mantener un mundo rural vivo y el retorno a la actividad campesina como oportunidad para superar la crisis ecológica y socioeconómica que el modelo de producción de alimentos moderno ha generado.

En definitiva, el libro ofrece multitud de intuiciones e ideas sugerentes acerca de la necesidad de proteger la soberanía alimentaria y recuperar un mundo rural vivo para superar muchas de las dimensiones de la actual crisis ecosocial, cuyo origen rastrea hasta el proceso de industrialización de las prácticas campesinas y la consiguiente ruptura entre el campo y los ecosistemas, con múltiples consecuencias derivadas para la calidad de la alimentación, la salud y el medio ambiente.

No obstante, pudiera parecer que en ocasiones tiende a la idealización del mundo rural y del campesinado en un giro muy propio del imaginario rural que olvida el carácter de clase del trabajo a lo largo de la historia, idealiza en su concepto de sociedad precapitalista regímenes donde los campesinos no poseían la propiedad de la tierra ni de los medios de producción y ni tan siquiera disponían de sus propias vidas, como el vasallaje medieval o la esclavitud en Grecia o Roma. Y expresa un cierto paternalismo urbano y occidental hacia las culturas indígenas que olvida la actividad campesina en Occidente y ofrece una imagen de rechazo de la ciencia y la tecnología aplicadas al mundo rural, que, no hay que olvidar, en ciertos casos han servido también para mejorar la calidad de vida (seguridad, salud, etc.) de los campesinos.

*Pedro Lomas*

Doctor en Ecología y Medio ambiente,  
UAM

## POR UNA ECONOMÍA ECOLÓGICA Y SOLIDARIA (CONVERSACIÓN CON DANIEL JOVER)

Antonio Estevan y José Manuel Naredo

Icaria, Barcelona 2010

120 págs.

Este libro es el resultado de una serie de conversaciones mantenidas por Antonio Estevan (co-fundador de la red de consultoría Gea 21, especialista en planificación territorial y ambiental y activista del movimiento ecologista que falleció prematuramente en septiembre de 2008: estamos por consiguiente ante uno de sus últimos trabajos) con José Manuel Naredo (doctor en Ciencias Económicas, estadístico facultativo, y uno de los más importantes economistas ecológicos del mundo), interrogados ambos por Daniel Jover (co-fundador del Equipo Promocions).

El texto está dividido en cinco áreas temáticas que describen la crisis del modelo económico actual, sus causas e impactos, las posibilidades de un nuevo modelo y los desafíos que surgen al plantearlo. Según el diagnóstico que los autores proponen para el modelo económico actual, se explican las carencias históricas de la economía como área de investigación. La cuestión descollante es la atribución de un valor monetario a los procesos humanos. El paradigma dominante en economía (que cabe llamar marginalista o neoclásico, sin demasiada precisión) se halla demasiado divorciado de la realidad, ya que no tiene en cuenta valores como los criterios de sostenibilidad. El mito del crecimiento ilimitado se destaca como un supuesto ideológico clave del sistema económico dominante, y se demuestra que es discontinuo con la realidad de un mundo finito. Este sistema aislado de la atribución de valor tiende a la monetarización de todos los aspectos de la vida humana, y a no dar cuenta del deterioro ambiental en su análisis de costo-beneficio.

Los impactos del modelo económico actual son multidimensionales. En primer lugar resul-



tan dañinos para la calidad del medio ambiente, en parte consecuencia del sistema aislado de los valores monetarios autosuficientes. Los autores también identifican numerosos costes sociales vinculados con la expansión ideológica de la sociedad de consumo y el individualismo posesivo. Estos factores debilitan la capacidad de compartir y colaborar, y degradan la calidad de las condiciones de la vida humana. El sistema económico dominante, en su búsqueda del crecimiento económico ilimitado, provoca una creciente desigualdad; la calidad de vida mengua debido a los crecientes costes de mantenimiento del sistema, y la creciente incapacidad del sistema económico para proveer los recursos básicos para la vida.

Frente a esta situación, Estevan y Naredo hacen hincapié en la necesidad de un cambio de paradigma: sugieren un enfoque *ecointegrador* que articule de otra forma las cuestiones públicas y lo económico. Esto facilitaría una apertura tanto para los economistas y ecólogos, como para investigadores de otras disciplinas, en un proceso de diálogo y construcción transdisciplinar de conocimiento. También permitiría una relativización de la tendencia dogmática a reducirlo todo a términos monetarios, así como incorporar explícitamente a los procesos sociales (incluyendo la toma de decisiones) valores apenas considerados en la actualidad.

El nuevo enfoque *ecointegrador* se traduciría al ámbito de la política y la sociedad. Según los autores, permitir que las partes interesadas contribuyan a los debates políticos y participen en la toma de decisiones supondría democratizar el proceso de formulación de objetivos y la toma de decisiones que, cada vez más, están siendo patrimonializados por los intereses económicos privados en detrimento del público. La potenciación de los colectivos democráticos y la economía social, en combinación con la protección de los recursos básicos para la vida, son percibidas por los autores como las respuestas clave frente al actual sistema de explotación depredadora.

Estevan y Naredo insisten en que los fundamentos culturales del sistema económico domi-

nante suponen un gran desafío para hacer realidad estos cambios. Ponen de relieve cómo el poder de los intereses económicos se refleja en el nivel institucional y organizativo, traduciéndose en apoyo al *statu quo*. Los autores ven esto como una función apologética, que inhibe la capacidad del sistema para hacer frente a sus propios problemas y crisis. Esta función se extiende a la manipulación de la información, por ejemplo el uso de «imagería verde» con el fin de desactivar los conflictos. El predominio del sistema económico también se ve reforzado a través de modelos culturales en los que la riqueza privada se convierte en la única aspiración legítima.

Un argumento central de estos dos pensadores es que los ciudadanos, a través de la participación directa y horizontal, podrían reorientar la economía para servir a sus propios intereses. Señalan qué cambios importantes en los supuestos culturales resultan necesarios en primer lugar. Aunque Estevan y Naredo subrayan el grado de satisfacción personal que cabe presuponer que se deriva de esas actividades no jerárquicas, uno se pregunta si tales compensaciones pueden competir con el individualismo desenfrenado que el sistema actual potencia.

Que los grupos sociales protagonicen la vida humana, sin dejar este papel en manos de los negocios o los mercados podría ser la respuesta más directa al “neo-feudalismo” de los Estados modernos (donde los intereses económicos penetran en detrimento de las comunidades humanas). Esto ha sido puesto de manifiesto con aún mayor intensidad por los acontecimientos recientes en Europa, tales como los recortes en el gasto público para cumplir con los mercados financieros internacionales.

La monetarización de los procesos humanos ha dado lugar a un nivel sin precedentes en la complejidad de los sistemas humanos utilizados para mantener la vida en la tierra. Dada esta complejidad, se puede cuestionar la viabilidad de cualquier nuevo consenso a través de la participación que pudiera alcanzarse, así como la efectividad del control sobre dichos sistemas.

Esto no pone en entredicho la conjetura general de los autores acerca de la necesidad de poner el bien común por encima del interés privado, pero sí señala que la creciente fragmentación de los procesos humanos quizá ha sido subestimada.

Lo que sí está claro aquí es la distinción entre la idea de los seres humanos al servicio de la economía, y una economía al servicio de los seres humanos. Y si bien una utopía ecológica en un sentido operativo puede ser indispensable para reorientarnos hacia la transformación del mundo actual, queda por ver qué metas podrían ser decididas una vez que el proceso de decisión se abriese a la gran cantidad de ideas e intereses competidores que el sistema actual ha generado. Se trata, en cualquier caso, de un enfoque menos estrecho que el convencional.

*Daniel Filippa*